

EVOCACION DE DON DIEGO EN MUNICH

A la Princesa Pilar de Baviera

CUANDO Don Diego llega a Munich en 1633 la guerra, que en ese momento era de más de una década, había ido dejando su tremenda huella de muerte y destrucción, movida e impulsada por voluntades y forzadas obediencias en las que la afirmación del poder, el deseo de individualidades fortísimas, se fundían con veracidad o disimulo con la defensa de unas creencias que a su vez exigían sumisiones, y que representaban también otro poder mas penetrante, hecho de símbolos y señales, de palabras y obras; todo ello se movía también por el afán de posesión de riquezas, y de tierras y de ciudades.

He vivido en Munich en tres ocasiones muy distintas de mi vivir, dos de paso, una de larga queda. De manera distinta, como en otras ciudades en donde también viviera Don Diego de Saavedra y Fajardo, sobre todo en Munich, evoqué, recordé y estudié su presencia. Pude vivir, o tuve que vivir, pasiva no activamente, horas de guerra, y ver cómo nuevas destrucciones movidas por locuras de Europa, convertían en fuego, en polvo, en humo, en nada, desde un anochecer a un amanecer, ciudades de bellísimos o significativos edificios, catedrales, iglesias, palacios, nobles casas patricias, y también humildes viviendas, que aún se habían mantenido en las graciosas formas que asociamos con el mundo romántico alemán. Sí, tres vivencias de Munich: Primero aún en guerra, con experiencias en que muchas cosas hacían olvidar las circunstancias; después la ví convertida en campos de ruinas, como otras ciudades. Se podía de nuevo decir, como escribió Don Diego: «A ningún edi-



ficio ilustre, a ningún lugar sagrado perdonó la furia y la llama». Después, en la tercera estancia durante años, he podido pensar de otra manera en la historia, y en la presencia de Don Diego.

El Munich –Mónaco, decía él– que vivió Don Diego, y al que solo hay alguna breve alusión, había ido convirtiéndose por obra de los potentes Duques electores en una ciudad en cuyos términos surgían *vías* y edificios que en sí eran en mucho instrumentos y signos de la total visión del hombre y el mundo que nació en Trento. Y esto nos indica ya lo que quiero tan solo esbozar en estas líneas. Don Diego va a encontrarse con Maximiliano I; con él trata, negocia, con él se corresponde –en italiano– sobre todos los gravísimos asuntos del momento, de aquellos años tremendos. Saavedra al mismo tiempo va madurando su idea de lo que es un Príncipe Cristiano. Pues bien, también Maximiliano iba en su vivir configurándose en ideas, palabras y obras como tal príncipe cristiano. Maximiliano que se siente un Príncipe, que crea una ciudad, que continúa y perfecciona la creación del Palacio, cuyo sentido como institución y símbolo conocen los estudiosos del Barroco, con una bellísimas formas, se esfuerza y lleva a plenitud la creación de algo que ha persistido: la «Bavaria Sancta»; y encontrándose en difícil situación, oscilándose entre su sentido de servicio a Dios y al Imperio, y su conciencia de servir a su Bavaria potens, hubo de perfeccionar aquellas virtudes de prudencia, pragmatismo y disimulación de sus secretos y acciones, cosa que tanto irritaba a Don Diego, y que sin embargo eran presentadas por él como necesidades de un Príncipe.

La tendencia del destino histórico en Baviera, la conciencia de los antecesores de Maximiliano I y de él, le llevan a esa afirmación de príncipes cristianos. Si había resistencias a la presencia de españoles en armas, otro ejército había penetrado ya desde mediados del siglo XVI, desde Trento. Primeros los jesuitas, entre ellos españoles. He podido sentir una emoción española en Ingolstadt, en donde el español Calderón fue uno de los primeros catedráticos de aquella Universidad; o en Dillingen.

Maximiliano I antes de llegar Don Diego, en los comienzos de las guerras que iban a ser treintañeras, había ejercido las virtudes heroicas del Príncipe, poniéndose al frente de las tropas que habrían de vencer la rebeldía de los bohemios; Maximiliano que tanto iba a irritar a Don Diego, sin embargo, cuando forma su ejército reclama a un capellán; le habían venido noticias de que en Roma, un carmelita era hombre de grandes virtudes, y que tenía raptos y éxtasis durante la misa: era lo que necesitaba para encender su fe aún más. Llegó este capellán: en latín se llamaba Dominicus a Jesús María. Se incorporó al ejército: encendía con sus prédicas la fe de todos, en varias acciones recogió estandartes e imágenes de Santa María della Vittoria, advocación presente aún en Ingolstadt, y que evoca la *vittoria...* de Lepanto



(en la iglesia en donde se sirve a esa advocación, en la ciudad citada hay una bellísima custodia en plata y oro que representa aquella batalla...). Y en la acción de la Montaña Blanca, el Pater Dominicus cabalgó, con la cruz en alto, delante de los católicos príncipes que iban a vencer. Digamos que su nombre civil era Domingo Ulosorro, de nación aragonesa, de nacencia en Calatayud...

Saavedra pudo ya en el Munich de los años posteriores al turbión sueco, (que él iba a contribuir a deshacer) contemplar y quizás asistir a misa en ella, la maravillosa iglesia de San Miguel, tan romanamente barroca, y el Colegio de los Jesuitas, que en la comprada paz había visitado nada menos que otro Príncipe Cristiano —en su modo— Gustavo Adolfo de Suecia, que discutió de teología con algún sabio padre, mientras Maximiliano, después de haber pagado centenares de miles de taleros, se había retirado prudentemente a Salzburgo. Pudo Don Diego en sus conferencias con el Duque pasar y vivir en las salas de la Residencia y admirar con su saber, ese tratado en piedra, forma y color, que es un tratado sí de empresas; el Antiquarium, con su profusión ordenada de estatuas de la antigüedad, colocadas en ilustración de virtudes que ocupan los frescos del techos, apoyadas en motes sabiamente diseñados. Y pudo ver ya la columna de Santa María, erigida en gratitud por la salvación de la ciudad, y cómo, como ahora cada sábado por la tarde, acudían fieles a rezar el Rosario. Y eran creaciones de iglesias, conventos, en donde llegaban también españoles y sobre todo llegaban los libros de nuestros místicos; como a la Biblioteca del Duque habían llegado traducciones de libros de caballerías, o de novelas picarescas.

Es esta una contradicción histórica. Sabemos, gracias a González Palencia y a Manuel Fraga Iribarne, conocemos la paciente labor de Saavedra; aun necesitaríamos en presencia de los textos completos observar más esas dotes de análisis y persuasión que tropezaban con la defensa inteligente por parte del Elector. Saavedra tenía bien claros los esquemas geopolíticos, y las tensiones entre personas. Tres puntos clave había: la defensa del catolicismo en las lindes de Bohemia y Austria. Ratisbona: la ciudad a orillas del Danubio y su turbulencia bajo el puente tan cantada en viejas canciones de estudiantes, con el recuerdo del Emperador y de Don Juan y de Doña Bárbara. Ratisbona era ciudad decisiva. El centro bávaro en el que el Duque oscilaba no por intereses sino por una profunda conciencia entre su servicio a la Religión y al Imperio y el prudente deseo de no verse mezclado en la universal guerra de franceses y españoles. Eso lo advierte Saavedra que veía la necesidad de los pasos por tierras de esguizaros y la Valtelina; la defensa del Rhin, la posesión del Palatinado Renano, del Franco Condado. Saavedra tuvo el tiempo, la ocasión, la sazón y el empeño de lograr la entrevista del Cardenal Infante y de Maximiliano: el fruto fue la sonada, cantada, teatralizada y discutidísima victoria de Nördlingen. Hubo los celos bávaros, y los piques sobre si había sido el ala izquierda



o la derecha la que dió el triunfo. Y hay las versiones picarescas y los lamentos por los terribles infortunios que todo ello originaba.

Pasaron después años en que cuando parecía que acababa un infortunio empezaba otro. Y Maximiliano y Saavedra continuaban disputando sobre todo en cartas en elegante italiano. Maximiliano iba recatolizando el Palatinado, creaba fundaciones piadosas, nuevos colegios y gimnasios. Sí, parece que era avaro como decía Don Diego; pero ¿y las destrucciones de tantas de sus ciudades, los incendios, y depredaciones, las entradas que han dejado divertidas historias como la del trago de cinco litros de cerveza que hubo de beberse el alcalde de Rothenburg para salvar su ciudad? Sí, Maximiliano ejercía el arte del disimulo, y en alemán se acuñó el verbo «disimulieren», y en lo que hizo había un estilo que se ha visto como español; es esta la gran contradicción. Un gran historiador, Hubensteiner (a quien debo mucho de lo que he ido diciendo) dijo hace años de Maximiliano, con ocasión de la gran exposición dedicada a los Wittelsbach: «Aunque Maximiliano no gustaba de los españoles, nunca aprendió su idioma, se interfirió todo lo que pudo en su política, en él permaneció siempre su secreta hispanidad que caracteriza a todo el catolicismo barroco». Y en otro trabajo llamado «El siglo español», habla de cómo todo lo que en Baviera constituye el barroco religioso tiene una raíz profundamente española.

Así podemos comprender la vida y los empeños de Don Diego en Munich, su diario trabajo, su paciente información, la obtención de fuentes de muy diversa clase, sus reflexiones y sobre todo sus cartas en las que tan decididamente sabe exponer todos los problemas; también la amargura creciente, después ya en las sombrías horas de Münster, bajo torres de las que colgaban las jaulas donde aullaron los anabaptistas, y un desengañado y apagado final. Y su antagonista, aún tuvo que sufrir tremendos embates, grandes peligros para su obra de Príncipe de la Contrarreforma, cuyo modelo, en días que con él disputaba escribía Don Diego Saavedra Fajardo.

Y esto lo he ido sintiendo y viviendo en el recuerdo, en horas gratas o duras, en mi última y larga estancia en Munich, viéndola bellísima, nacida de las ruinas. En las renacidas salas de Maximiliano, en el ejemplario que es el Anticuarium, en muchos encuentros con quienes de nuevo llevaban el poder y el mando, en conversaciones he podido recordar, aunque en mucha menor escala, los trabajos de Don Diego. Lo que durante estos años yo defendía, por lo que trabajaba era eso que había estado ya en su tiempo, en esa presencia suya, como de un personaje con todo lo que el barroco era en el hombre, no solo su razón sino su contradicción. Por eso he querido comprender a Don Diego y he querido comprender a su antagonista, cuyos descendientes de nuevo se unieron a estirpes españolas, cuya presencia en Baviera tan delicada y fiel continuidad representan. Porque si queremos hacer una



Europa como soñó Don Diego, será entendiéndonos en nuestras contradicciones, siendo comprensivos y no excluyentes, viviendo y soñando, desde el pasado hacia el futuro. Eso es lo que yo he sentido evocando largamente a Don Diego en una ciudad ya entrañada en mi vida y en los de mi sangre. Munich, el Mónaco de Don Diego.

